Lluís Duch:

‘En esta sociedad lo que hay es una falta inmensa de sentido crítico’

Lluís Duch es antropólogo y monje de la abadía de Montserrat. Acaba de cumplir 75 años y a pesar de sus más de 50 libros y su reciente Creu de Sant Jordi de la Generalitat, no es un personaje famoso. Debería serlo. ‘La celebridad no debe ser un criterio: uno de los males de Occidente es que solo buscamos lo que creemos que tendrá éxito’, dice Duch. Y sigue: hoy ‘se tiene que actuar al margen del resultado’. ‘El Ciervo’ ya lo hace. Este paseo por el magnífico pensamiento de Lluís Duch es una prueba.

JOAQUIM GOMIS
MARÍA PATRICIO
PERIODISTAS

Insistes en calificarte como antropólogo, y opinas que en la teología actual (incluido el teólogo Ratzinger) y también en buena parte de la filosofía, falta antropología. ¿Qué es lo importante de la antropología, qué implica su carencia?

–Cuando se habla de antropología y antropólogos en el fondo no quiere decir nada: se tiene que especificar de qué tipo son. Hay muchos tipos de antrolopología y puede decirse que cualquier preocupación por el ser humano es antropología. La antroplogía que yo he intentado practicar es de raíz centroeuropea, cuyo punto de partida es sobre todo el pensamiento de Max Scheler. Para mí la antropología debe dar respuesta a una cuestión que no tiene respuesta: qué es el ser humano. Es una pregunta que ha ocupado al ser humano desde todos los tiempos y culturas, pero que no tiene una respuesta porque, como decía García Barca, el ser humano es fundamentalmente indefinición. Lo que he intentado es hacer una especie de narrativa de la presencia del ser humano en su mundo cotidiano.

–Sorprende que alguien que ha escrito más de 50 libros –algunos densos, con predominio de bibliografía alemana–, que además es monje de Montserrat, dé clases en el Instituto del Teatro o, en otro ejemplo, que su curso en la Facultad de Teología trate de religión y política. Uno diría que te interesa todo pero al mismo tiempo mantienes una notable discreción.

–He trabajado en la Facultad de Comunicación y sé bastante bien lo que es la publicidad: lo efímera que es, la lucha que hay por el poder. Por eso ser un hombre público nunca me ha interesado demasiado. Trabajar en sitios dispares como la Facultad de Teología, en la Facultad de Comunicación y en el Institut del Teatre es porque yo parto de la base de que el ser humano es teatral. La teatralidad es una categoría antropológica que los grandes antropólogos han estudiado poco. Evidentemente la política es también una *mise en scène*, y la comunicación también. Por consiguiente todo lo que tiene que ver con la representación es importante. El ser humano tiene necesidad de representar y representarse porque está rodeado de ausencias, de vacíos. Por eso necesitamos representaciones. Es importante no confundir representación y presencia. Donde hay presencia no es necesaria la representación. Pero en definitiva el ser humano nunca trata con presencias, siempre tratamos con representaciones. Tanto del otro (en mayúscula y en minúscula) como con nosotros mismos. Siempre nos movemos en un mundo de representaciones, es decir, en un mundo de teatro. De aquí la enorme importancia que tiene toda la reflexión de Calderón de la Barca sobre el gran teatro del mundo, porque es lo que en el fondo somos los seres humanos: actores que desarrollamos nuestro rol en este gran escenario en el que intervienen tantísimos factores. Muy en primer lugar, lo que yo llamo el factor biográfico, nuestra propia vida, y después también el factor biográfico del grupo al que uno pertenece. Por eso el término tradición me ha parecido siempre importante a pesar de que en la cultura hispánica es un término vidrioso y ha dado lugar a enfrentamientos y guerras civiles.

SIN ILUSTRACIÓN NI ROMANTICISMO

–En tus libros hay un subrayado especial a la interpretación de la historia de nuestro país por lo que sucede a partir del siglo XIX por culpa de no haber vivido ni la Ilustración ni el Romanticismo. En su lugar ha habido una serie de confrontaciones fraticidas que ha provocado y provoca una situación de pobreza intelectual, también en el terreno religioso.

LLUÍS DUCH, ESPECIALISTA EN LA VIDA COTIDIANA

Lluís Duch (Barcelona, 1936) es monje en el Monasterio de Montserrat y antropólogo. Se doctoró en Teología por la Universidad de Tubinga (Alemania) y da clases en los institutos de teología de Montserrat, Manresa y Tarragona, en la Universidad Autónoma de Barcelona y en el Instituto del Teatro de Cataluña. Se ha especializado en los lenguajes de los universos simbólicos y míticos y en su concreción en la vida religiosa, política y del día a día, como se ve en su *Antropología de la vida cotidiana* (1999-2004) en seis volúmenes, o su *Antropología de la religión* (1997).
Son solo algunos de sus más de 50 libros, sin contar más de 300 artículos. Ha traducido al castellano y al catalán Lutero, Müntzer, Silesius, Schleiermacher y Bonhoeffer. Este año, la Generalitat le ha otorgado la Creu de Sant Jordi. Con motivo de su 75 cumpleaños, la editorial Fragmenta ha publicado este mes 'Empalabrar el mundo. El pensamiento antropológico de Lluís Duch', donde colaboran Amador Vega, Francesc Torralba o F. X. Marín.

–Sobre todo en el terreno religioso. Ahí están las claves para entender la historia de este tortuoso país: por no haber tenido ni una buena Ilustración ni un buen Romanticismo lo que ha habido han sido confrontaciones político-religiosas. En este país nos hemos movido en una dinámica de guerras de religión que son siempre mucho más que simples guerras de religión. Esto ha sido y es el gran aspecto negativo de la historia de nuestro país. En la Ilustración un Jovellanos es aquí la figura máxima, pero no deja de ser una figura minúscula en comparación con Kant o con Leibnitz, y con el Romanticismo pasa lo mismo, un Zorrilla no puede ponerse al lado de un Schiller o un Goethe, ni al lado del gran Romanticismo italiano.

–De algún modo esto se mantiene.

–Se mantiene. El ser humano es un heredero, y las herencias difícilmente se diluyen sin dejar rastro. Todas estas herencias prácticamente desde las reformas protestantes del XVI hasta nuestros días siguen vigentes y eso se nota sobre todo en los momentos de profundas crisis como el actual. Hoy por un lado hay unas apetencias diría que incontroladas para conquistar el poder, que sería el caso de la derecha española, y por el otro lado hay una desideologización muy profunda de la izquierda española que se ha neoliberalizado en todos sus aspectos. No tiene respuestas a los problemas de una situación tan crítica como la que vivimos.

–En el aspecto religioso también se ve.

–Como no ha habido una buena Ilustración ni Romanticismo, tampoco hay una buena teología. La gran recepción que se hace en Inglaterra o en los Países Bajos o en Alemania del gran pensamiento de los siglos XVII y XVIII eso no se da ni por asomo. Ha continuado esta irrelevancia de lo teológico y se ha reducido toda la cuestión a la querella, a la lucha entre clericalismo y anticlericalismo, que en el fondo son hermanos enemigos, y vienen a ser casi lo mismo.

–En tu último libro –Religió i comunicació– distingues entre información y comunicación: "Una religión muerta o en proceso de defunción es la que, a pesar de la cantidad inmensa de información que puede segregar, se halla en una situación de incomunicación creciente con sus contemporáneos e incluso con sus adeptos".

'La secularización es muy importante para las iglesias. Para mí, lo es más el multiculturalismo'

El gran teórico de la comunicación, tal vez el primer teórico moderno, McLuhan, en los 60 y 70 del siglo XX, ya afirmaba que a veces la desmesura de información se convertía en un muro para la comunicación. Esto es lo que sucede: ninguna sociedad como la nuestra había dispuesto de una cantidad tan enorme de información y sin embargo no puede decirse que estemos bien comunicados. Si se mira la etimología del término –comunicación, comunión, comunidad–, son términos con la misma raíz, y que en el fondo expresan aspectos complementarios, "estar con". En nuestras sociedades hay un uso muy deficiente de la pedagogía de la información y la gente no puede tener después una verdadera comunicación. Esta distinción que es aplicable a todos los ámbitos es relevante en el ámbito de la religión. La cantidad de documentos papales y episcopales que se dan en el catolicismo actual no tiene parangón con ninguna otra época, y sin embargo la comunicación en el seno de las comunidades cristianas y en la iglesia en general es precaria, en muchos casos inexistente.

–Quizás está relacionado con algo que dices: "El problema no es tanto la secularización como el pluralismo".

–Es una cuestión a tener en cuenta. Porque no tuvimos ni una buena Ilustración ni un buen Romanticismo, quedamos como obnubilados por la cuestión de la secularización. En los años 60-70 ya me parecía que se confundían dos términos: el cambio social y la secularización. Es evidente que en esta sociedad hay un cambio social porque el *tempo* humano ha adquirido una sobreaceleración desconocida en otras épocas. Pero el cambio social, que es evidente, a menudo se ha confundido con la secularización en un sentido estricto, que sería una mutación en la conciencia del ser humano, es decir, en la cuestión de las preguntas fundacionales del ser humano: ¿por qué la vida? ¿por qué la muerte? ¿hay más allá? Es evidente que ha habido cambio social, pero que haya habido una mutación en eso que se llama la 'mismidad' humana, me parece más problemático. Hoy los teóricos del tema tienden a hablar más de multiculturalismo, de pluralismo, que de secularización. En el ámbito de las ciencias humanas, la secular-

Lluís Duch visto por

ización está bastante en segundo término, aunque en los medios y también en las iglesias sea un tema que se cree muy muy importante. Para mí, el tema hoy importante es el multiculturalismo, y ahí está el trágico ejemplo de Noruega.

–En los documentos eclesiásticos parece que la causa de los desastres sea el secularismo.

–Es una manera fácil de crear un enemigo y de combatirlo teniendo todas las cartas en la mano. La pregunta fundamental no es la pregunta por el *'homo cristianus'* sino por el *'homo religiosus'*. El *'homo cristianus'* es una variante del *'homo religiosus'*. Lo que está en juego es si a través de lo que llamamos secularización, el ser humano ha dejado de ser un posible *'homo religiosus'*. Esa es la cuestión fundamental. Discutí esta cuestión, y a los obispos no les satisfizo demasiado, a raíz del documento 'Las raíces cristianas de Cataluña'. Creo que de lo que se tiene que hablar es de las raíces religiosas, no de Cataluña, sino de todos los seres humanos. Es decir, mientras el ser humano sea un ser contingente, que no tiene en sus manos la respuesta a las cuestiones fundacionales, será un posible *'homo religiosus'*. Entonces la posibilidad religiosa, lo que yo llamo 'lo religioso', tiene que articularse histórico-culturalmente, pues podrá ser en nuestro ámbito cultural católico, como en Centroeuropa será luterano o calvinista, y en la India será otra cosa. Es decir, en el fondo, para mí la pregunta fundamental no es la crisis del cristianismo, sino si el ser humano ha dejado o no de ser *'religiosus'*. Todo lo demás son articulaciones culturales que tienen su valor pero que no pueden obtener ni reclamar una exigencia de absolutez.

LA RELIGIÓN EXPRESA LA AMBIGÜEDAD HUMANA

–Insistes en que el hombre sigue siendo un posible 'homo religiosus' y eso puede sorprender.

–Es una premisa. Los seres humanos trabajamos con premisas y también con prejuicios. Cualquier discurso se basa en las premisas que uno conscientemente conoce y reconoce, y una serie de prejuicios, que lo son porque no se tiene conciencia de ellos. Para mí, una premisa en el discurso que hago es que el ser humano es y seguirá siendo un posible *'homo religiosus'* porque es un ser finito contingente, pero eso no significa que todos seamos seres humanos religiosos. Con todo, aquí hay otro problema: qué entendemos por religión. No es una cuestión fácil. Siempre digo que con esta cuestión pasa lo mismo que dice San Agustín en las *Confesiones* sobre el tiempo: "Cuando no me preguntan qué es el tiempo sé lo que es, pero cuando me lo preguntan entonces no lo sé". Con la religión pasa algo parecido. Cuando no preguntan qué es todos sabemos qué es, pero cuando se mira más a fondo entonces la reivindicación de lo que es religión, es decir, la articulación histórico-biográfico-cultural de lo religioso, resulta más complicada. Porque en el fondo los seres humanos somos seres de perspectivas: un marxista convencido ve la religión desde lo económico, un existencialista la ve desde el sujeto. Todos trabajamos con perspectivas, que de alguna manera son también prejuicios, y en el doble sentido de la palabra: en el negativo, pero también en el sentido de dar algo por cierto porque se tiene la convicción de que lo es. Diría que el gran problema de la religión es justamente la fractura de la confianza. No tenemos confianza en las herencias que hemos recibido, entonces buscamos otras herencias: esta especie de deseo que hay por lo oriental. En Occidente siempre que ha habido un fracaso de los

sistemas establecidos se ha recurrido a Oriente, y esto ya se da en el siglo III aC con las Gnosis, y continúa así hasta nuestros días.

–Ya desde joven te entusiasmó constatar que lo religioso expresa la máxima ambigüedad humana.

–Porque expresa lo más profundo del ser humano. Alguien ha calificado la antropología que practico como antropología de la ambigüedad. Parte de la base de que el ser humano fundamentalmente no es bueno ni malo, sino que somos seres ambiguos. Por consiguiente, ante las grandes cuestiones, tenemos que resolver la ambigüedad. Incluso el bien que hacemos es ambiguo, no es lo bueno como entidad metafísica absoluta; es un intento. Históricamente las religiones son la máxima prueba de la ambigüedad que es inherente a la condición humana.

–Entonces ser ambiguo no es negativo.

–No, ser ambiguo significa solo que no hay trayectos predeterminados. Los seres humanos somos seres libres, aunque nuestra libertad sea condicionada. No somos libres a lo Sartre, somos libres condicionalmente. Tenemos que resolver las ambigüedades que hay en los planteamientos de la vida cotidiana sobre todo cuando se trata de las grandes cuestiones. Ante un semáforo no hay ambigüedad; en la vida necesitamos también normativas establecidas con anticipación. Pero en las cuestiones profundas, tenemos que resolver la ambigüedad dando respuestas que continúan siendo ambiguas. No hay solución para la ambigüedad. Para decirlo en lenguaje agustiniano, siempre estamos *in statu die*, en camino. No hay una solución absoluta, completa, de esa ambigüedad, sino que son intentos. Por eso el verbo tantear me parece que es un verbo muy importante porque es ese sopesar, ese ponderar, ese evaluar, esa búsqueda de criterios que para mí es lo que constituye lo más profundo de la condición humana, y debería derivar a un problema pedagógico. Una de las características de nuestra sociedad es una enorme crisis por un lado, pedagógica, y por el otro lado, gramatical. Este tipo de antropología es, en el fondo, como toda antropología pretende, una cuestión práctica. Es curioso que la reflexión antropológica que he hecho la ha aplicado mucho gente que se dedica a la pedagogía, e incluso al derecho. Para mí es lo mejor que me podía pasar. En cambio a los teólogos, no les sirve de nada.

–En tu concepción de lo religioso y de lo cristiano parece que domine más la respuesta ética o la relación con el prójimo más que buscar respuestas. Como máximo ejemplo, citas el capítulo 25 de san Mateo sobre el Juicio Final, e insistes que no hay ninguna referencia a Dios.

–Porque la referencia a lo absoluto siempre es a través de lo relativo, y creo que es donde está la gran cuestión del cristianismo que es la encarnación. Por tanto, cualquier referencia al prójimo es implícita o explícitamente una referencia a Dios, y por tanto, allí donde hay reconocimiento del prójimo hay presencia del reconocimiento de Dios. Muchas veces la Iglesia ha combatido los molinos de viento como si fuesen gigantes. Lo que se nos pide, cristianamente hablando, son respuestas éticas, no respuestas culturales ni respuestas político-teológicas. Reconocimiento del otro como presencia de Dios. En términos teístas, monoteístas, esto ya es cuestión de los teólogos de oficio que tengo la impresión de que en nuestro país trabajan poco.

‘Tenemos que resolver la ambigüedad. Incluso el bien que hacemos es ambiguo, es un intento’

EL GUSTO POR LA NOVELA NEGRA

–Como anécdota es curioso tu gusto por la novela negra. ¿Es quizá una muestra de la ambigüedad?

–Sí, y al mismo tiempo es una real teodicea. El detective es el encargado de volver a establecer el orden, y de hacer el paso del caos que ha originado el crimen o el atraco al cosmos. Descaotizar la realidad. Tenía en proyecto un libro sobre novela policíaca. La que me interesa no es la norteamericana sino la europea, y sobre todo la inglesa. Hay una novelista, P. D. James, que es muy importante, es literatura de gran calibre. Creo que la crónica y el diagnóstico de nuestro tiempo viene dado por los novelistas. Intento leer, además de los clásicos, novela actual. Ahora acabo de leer un novelista que para mí era totalmente desconocido, Roberston Davies, la trilogía de Deptford. Me ha parecido de una profundidad extraordinaria, y lingüísticamente tiene mucha potencia. Tiene algo que para mí es de capital importancia, que es sentido del humor, que es otro de los trabajos que me hubiera gustado hacer: sobre religión y sentido del humor, porque nos falta. Es chocante que en nuestro país no haya prácticamente ninguna revista de humor. Es una muestra de la precariedad actual.

–En algún lugar dices que humor y amor tienen una cierta osmosis. Por otra parte, parece que desconfías del centro y escoges la periferia.

–Yo aún soy de los que creo en la importancia de los maestros. Uno de mis grandes maestros fue el filósofo judío alemán Ernst Bloch, que trabajó mucho la cuestión de la marginalidad religiosa: “Lo mejor de la religión es que produce herejes”. Esto que parece una ‘boutade’ es una enorme realidad. Históricamente las religiones las han salvado los herejes, la gente de las periferias. La tensión entre centro y periferia es lo verdaderamente creador. Es tan nefasto reducirlo todo a centro como a periferia. Lo importante es la tensión entre una cierta estabilización de los contenidos religiosos, las dogmáticas, y poner en cuestión esa misma estabilización, porque Dios siempre está más allá de todas nuestras posibilidades de ‘empalabramiento’. Utilizo el neologismo ‘empalabrar’ porque

Encapçalats per l’assaig

LLUÍS DUCH

Les raons del mite

un grup de pensadors reflexionen —des de la filosofia, la filologia, l’estètica i la sociologia— sobre les diverses formes que ha revestit el mite en la cultura europea.

obrador edèndum

Pl. de la Llibertat, 5
SANTA COLOMA DE QUERALT
www.obradoredendum.cat

Joaquim Gomis y Lluís Duch, en un momento de la entrevista en la redacción de 'El Ciervo'.

cuando tradujeron el primer volumen de mi *Antropología de la vida cotidiana* al castellano el que revisó el estilo me dijo que en castellano la palabra 'empalabrar' no es correcta, porque es 'apalabrar', pero yo insistí en mantener el neologismo, porque no se trata de concertar una cita, sino de poner en palabras: de crear espacio y tiempo a través de meter nuestro ser, hombre o mujer, en palabras. Y así responder a la vida cotidiana. Aquí es donde siempre he puesto la relación entre idolatría e iconoclastia. Necesitamos las imágenes, pero al mismo tiempo necesitamos deshacernos de ellas. Estamos siempre en la cuerda floja entre la imagen y su destrucción. Es un ejercicio casi terapéutico muy importante que a veces las religiones establecidas no quieren oír. Porque evidentemente, como dice San Agustín, 'si comprendis non est Deus', si comprendes a Dios no es Dios.

–Esto se relaciona con lo que dices a veces de reformar el lenguaje.

–Tenemos la inevitable necesidad de expresar lo absoluto en términos relativos, pero sabiendo que estamos relativizando lo absoluto, es decir, no creyéndonos que realmente llegamos a expresarlo.

–Entonces, lo importante siempre es la tensión: entre centro y periferia, entre relativo y absoluto. Esa tensión es interna porque el hombre es ambiguo.

–Hay un poeta que desde hace años me ha interesado mucho, Rilke. En la octava elegía de Duino acaba diciendo: "Porque nosotros los humanos siempre estamos despidiéndonos". Tomarse en serio este verso es muy importante porque de alguna manera transportamos lo que permanece y lo confrontamos con lo que cambia. Por eso el esquema antropológico que utilizo quiere ser una articulación inestable entre persistencia y cambio. En los seres humanos hay algo que persiste, pero lo que persiste se da a través del cambio, y el cambio a través de lo que persiste. Estamos siempre en ese dinamismo que provoca que estemos siempre despidiéndonos. Siempre en una situación de inestabilidad, y por tanto no hay un 'ya he llegado' sino que la cosa continúa hasta la muerte.

EL CENTRO Y LAS PERIFERIAS

–¿En esta opción por la periferia puede llevar a una desconfianza respecto al futuro de la evolución humana o religiosa?

–Lo que son ahora periferias de aquí a un tiempo serán centro. Al ser humano lo caracteriza la inestabilidad. Tengo muchos amigos que tienen o han tenido cargos políticos y hace 40 años eran gentes de extrema izquierda, y ellos mismos se han asimilado. Eso no tiene por qué sorprendernos. La misma vejez es un agente que nos fundamentaliza. Es importante que haya esa tensión constante. Lo que es peligroso en nuestra sociedad es justamente la apatía. Hay una situación de *laissez faire*, un parón, y lo he visto dando clases. Tenemos una juventud que, en términos generales, es de una apatía extraordinaria. Tal vez el alumnado más simpático que he encontrado es el del Instituto del Teatro. Es un personal totalmente diferente. El peor alumnado me pareció el de la Facultad de Teología. Los alumnos de doctorado eran en un 65 por ciento latinoamericanos. Había una diferencia enorme entre latinoamericanos y gente de aquí, a favor de ellos, sobre todo las mujeres. Otra de mis obsesiones es que el rol masculino está verdaderamente en crisis. Hay una obra de Hector Behringer, *Sexo y carácter,* escrita en 1901 por un muchacho judío de 21 años que se suicidó al cabo de unos años y que ya plantea esta cuestión. Era un libro de cabecera de Freud. Los grandes vieneses, Hofmannsthal, Schoenberg, toda esta gente tenían este libro presente. Behringer se da cuenta de que el rol masculino ya a principios del siglo XX está en crisis. Esta crisis del rol masculino la he podido comprobar dando clase en la facultad de teología y en la de comunicación de la Autónoma, y comparando el alumnado latinoamericano con el de aquí. Aquí aun distinguiría entre las mujeres y los hombres. Ellas tienen mucha más vitalidad e interés.

'Esta crisis del rol masculino la he podido comprobar dando clases en la facultad'

–Hablas también de un desahucio de las humanidades.

–Es gravísimo. No sé si sirve de algo escribir, pero desahuciar las humanidades es tanto como desahuciar la capacidad crítica. Porque en el fondo, en esta sociedad, lo que hay es una falta inmensa de sentido crítico. Nos lo creemos todo. Ya hace muchos años Peter Berger publicó *La gloria lejana.*

La fe en una época de credulidad, y es que nuestra época es muy crédula porque falta esa capacidad crítica. La escuela no educa a buscar criterios. El mismo déficit de léxico es algo terrible, porque si no hay palabras no hay realidad. Tomo cada semana el tren que va a Montserrat, y el léxico de la gente que viajan conmigo es de una pobreza y de una banalidad sobrecogedora. La pobreza de léxico significa otro tipo de pobreza. Cuando era pequeño veraneaba en un pueblo de la costa y los pescadores tenían un léxico impresionante, se movían en su mundo de una manera fantástica, y me imagino que la gente de montaña lo mismo. Pero ahora es una reducción drástica del léxico a eso que los ingleses llaman *essential english*, 700-800 palabras y con ellas se intenta expresarlo todo. Lo que no se expresa de la manera que sea no existe.

–¿Qué nos puede despertar?

–No hay que bajar los brazos. Continuar sin buscar el éxito. En la etnología occidental progreso y éxito han sido dos términos que han ido de la mano. Es uno de los males de Occidente, que solo buscamos lo que creemos que tendrá éxito. Estamos en un momento en que no es que tengamos que buscar el fracaso, pero se tiene que actuar al margen del resultado. Decir lo que se piensa.

–La noción del éxito es muy mediática.

–Hay otro ingrediente que es la sobreaceleración del *tempo* humano hoy. En ninguna otra época ha existido de forma tan rotunda como en la actualidad. Esa sobreaceleración tiene como contrapartida la provisionalidad. Es el gran valor de nuestro tiempo. No es algo positivo, por tanto un spot de televisión es un valor. No hay una falta de valores sino una sobreabundancia. Eso impone necesariamente provisionalidad. En el campo de la información ocurre lo mismo. Los anuncios de televisión tienen muy estudiada su función subliminal, que deja una especie de grabación en el cerebro. Espontáneamente la gente pide lo que tiene grabado. Como las técnicas de hace mucho tiempo en Estados Unidos con Coca-Cola.

–Sueles hablar de las estructuras de acogida. ¿También están en crisis?

–Yo siempre hablaba de tres estructuras de acogida, y me pareció que tenía que añadir una cuarta: los medios de comunicación. Lo que caracteriza el trasfondo del momento actual es la ruptura de la confianza en las estructuras de acogida clásicas: la familia, la sociedad o la religión. La confianza se traslada solo en los medios. Teniendo en cuenta que será un cambio rotundo, porque las estructuras clásicas se caracterizaban por una cierta continuidad, en cambio la comediación, la cuarta estructura de acogida, se caracteriza por la provisionalidad. Una noticia sustituye la otra, el muro de la información de Marshall McLuhan. La información se convierte en un muro para la comunicación.

–Para terminar nos gustaría subrayar, para el lector que no conozca tu obra, tres 'dichos' tuyos. Uno es (siguiendo a Camus) que 'la verdadera inteligencia es sinónimo de bondad'; otro afirma que 'amor y humor son para mí lo mismo', y el último: 'soy optimista acerca del futuro de un cristianismo profético y relativamente marginal, no sacerdotal como lo es ahora".

–Me he dedicado siempre a cuestiones de antropología y una de las cuestiones que me interesó muchísimo fue por qué en el último tercio del XIX en Europa (en Francia o los Países Bajos, Inglaterra o Escandinavia, no en España) se empezaba a estudiar la religión desde una perspectiva laica, lo

'El cristianismo es una religión profética, no una religión del centro de la sociedad'

cual significaba que empezaba a ponerse fuera de combate a las facultades de teología. Ahora publicaré un libro *–El más allá del más acá. Religión en el siglo XXI–* sobre esto. La religión cristiana se ha entendido siempre como una religión sacerdotal. ¿Qué quiere decir que es una religión sacerdotal? Que no admite la integración social. No es claro que el cristianismo sea una religión de la integración social, más bien diría que es de la desintegración social. Es una religión profética, no es una religión del centro de la sociedad porque es una religión de los márgenes. Anuncia la inminencia del reino de Dios, por tanto no intenta la aglutinación, no intenta ser un cemento de la sociedad. Justamente la crítica que hace Durkheim al cristianismo de su momento, finales del XIX, es que ve que el catolicismo francés ya no crea aquellas unanimidades político-religiosas de antaño, y propone una religión civil. Pero los críticos del cristianismo continúan viendo el cristianismo como religión sacerdotal, como expresión de la integración social. Pero el cristianismo que yo creo que tiene futuro es un cristianismo de tipo profético, un cristianismo de minorías, no elitista. ❑

novedad estrotta

LUIGI FERRAJOLI
Principia iuris.
Teoría del derecho y de la democracia

ELENA LARRAURI y **ESTER BLAY** (eds.)
Penas comunitarias en Europa

MARÍA ZAMBRANO
Escritos sobre Ortega

REMEDIOS ÁVILA CRESPO
Lecciones de metafísica

MARÍA VICTORIA SANAGUSTÍN
Valores y ética empresarial

ANTONIO BAUTISTA GARCÍA-VERA y **HONORIO M. VELASCO** (coord.)
Antropología audiovisual, medios e investigación en educación

PAZ MORENO FELIU
El bosque de las Gracias y sus pasatiempos.
Raíces de la antropología económica

CARL GUSTAV JUNG
Aion. Contribuciones al simbolismo del sí-mismo

GÜNTER STEMBERGER
El judaísmo clásico.
Cultura e historia del periodo rabínico

PAUL RICOEUR
Amor y justicia

ERNESTO CARDENAL
Este mundo y otro

PIERRE TEILHARD DE CHARDIN
Cartas a Édouard Le Roy (1921-1946).
La maduración de un pensamiento

CARLOS TAIBO
Como si no pisase el suelo. Trece ensayos sobre las vidas de Fernando Pessoa

EDITORIAL TROTTA
Tel. 34 91 543 03 61
Ferraz 55 - 28008 Madrid
www.trotta.es